

de la vida de *Cervantes* y de la época en que se escribió el *Quijote*.

No me opongo á que en muchos pasajes de la fábula, por ejemplo, en la aventura del rebaño, ó de los rebaños, se vea embozada sátira contra el *Atlante de la monarquía*; pero los rasgos que luego se descubren contra personajes menores, no van, á mi modo de ver, dirigidos contra ellos derechamente, sino que forman un conjunto de censuras parciales, que reunidas vienen á decir que el todo no era bueno.

Toma el inteligente un reloj y observa que el movimiento no es regular, que retrasa ó adelanta. Busca la causa, y critica la escasa fuerza del motor; encuentra luego imperfectas ó torpemente ajustadas las ruedas que comunican el movimiento, y por conclusión nota desiguales, movedizos, los centros y piezas pequeñas... Al decir esto comprende cualquiera que la máquina es mala; y á poco que se generalice podrá deducirse que el artífice no era muy entendido ó fué poco cuidadoso. Tal *Cervantes*. Vayan en buen hora contra el Duque de Lerma las indicaciones que concurren en *Laurcalco*: vayan contra algún otro magnate, contra algún encumbrado arbitrista tales y cuales alusiones... Pero al censurar abusos de estadistas y hombres de administración, que esquilaban al pueblo, sacándole lo que no tenía, ¿no se denunciaba el desconcierto del Gobierno? ¿No se señalaban las llagas ocultas de la sociedad española, que el filósofo había tocado muy de cerca? ¿No se clavaba la saeta en las gradas mismas del solio, que

era el sostén de las causas que producían tales efectos? ¿No llegaba quizá el tiro hasta la indolente persona que lo ocupaba?

A la verdad, todo esto va ligado con más graves reflexiones. Elévase la consideración al tiempo del nacimiento de *Cervantes*. Al mediar el siglo xvi fué el apogeo de la preponderancia española en Europa. A los gloriosos reinados de los Reyes Católicos y de Carlos I, tiempos de engrandecimiento, había sucedido el de Felipe II, que debió consolidar nuestra supremacía, haciendo duraderas las conquistas del Emperador, reuniendo por la razón, por las leyes y por un interés común lo que su padre había conquistado por la fuerza. «Pero como su pluma no podía competir con la espada del Emperador Carlos V, ni su trabajo de gabinete, por más aplicado y laborioso que fuese, con los viajes y campañas de aquél,» como decía mi sabio maestro D. Alberto Lista, la nación empezó á sufrir reveses cuando más grande y poderosa se creía.

Cervantes, cristiano y español, con fe y sin miedo, quiso unir su propia personalidad á la vigorosa personalidad de España, quiso ser partícipe de los peligros y de las glorias de su patria, y se incorporó á nuestros aguerridos tercios. Peleó como bueno, y fué herido en la más alta ocasión que vieron los «pasados siglos, ni esperan ver los venideros...» A raíz de tanta gloria, fué hecho cautivo al volver á su patria, por un enemigo á quien la grandeza de España no ponía temor... Primera decepción; Cer-

vantes descubrió el gusano que roía el pedestal del coloso.

Él intentó en Argel, cargado de cadenas, lo que la nación en cuyos dominios nunca faltaba el sol, no se atrevía á intentar con sus ejércitos y escuadras, distraídos en empresas lejanas y menos provechosas. Quiso destruir aquel nido de aves de rapiña, tan perjudicial á la gloria, al poderío, á la tranquilidad de España. ¿No había de conocer la indolencia, el punible abandono en que el trono y el Gobierno tenían á la nación, cuando él sólo, miserable esclavo, contaba poder destruir á los argelinos armando á los cautivos que allí con él gemían aherrojados? Lo hubiera conseguido, si el Rey, á más de pensar en las guerras exteriores, hubiera pensado alguna vez en mejorar la condición de sus administrados; si se hubiera tendido una mano protectora á las desgracias que presenciaba *Cervantes*, á los hombres de espíritu noble y levantado que, como él, aspiraban únicamente al engrandecimiento del país.

Al volver á España rescatado, vió con pena, con dolor, el poco fruto que la patria había logrado del glorioso sacrificio de Lepanto. Vivió en pequeños pueblos y en grandes ciudades, y notó sagazmente el empobrecimiento del país, que tomaba alarmantes proporciones; la falta de centros productores, arruinados por la emigración á América y por las atenciones de la guerra; lo gravoso de los tributos; la ruina de la industria y de la agricultura; y adivinó tal vez la inutilidad de las guerras que España soste-

nía en países remotos, y que tantos brazos robaban á sus soladas campiñas... Quizá entrevió con la mirada de águila del genio, que la decadencia de la patria iba envuelta en los pliegues del manto de su gloria!...

La pobreza de la nación en el interior debió desgarrar el alma del lisiado en la batalla naval: ella era la precursora de su ruina. Los brazos trabajaban levantando pesos enormes y faltaba sangre en el corazón.

¡Qué diferencia en veinte años! En 1571 la nación vencedora de los turcos, triunfante en Francia y en Italia, temida en Holanda, parecía próxima á realizar la monarquía universal, delirio de su grandeza! En 1592 los Procuradores de las ciudades, reunidos en Cortes, decían al Rey que los pueblos estaban pobres, exhaustos, que el reino estaba consumido, que el país se encontraba sin defensa por mar y por tierra, abandonadas las costas, infestados los mares de piratas! ¡Y cuánta verdad era todo este triste cuadro!

Como no se acudió al remedio, como no se hizo aprecio de las quejas de los Procuradores, en 1596 la escuadra inglesa se presentó delante de Cádiz. ¡Vergüenza causa decirlo! Un solo disparo de cañón pudo hacerse á las tropas de desembarco por la batería de Puerta de tierra! (3). Las cureñas estaban podridas: las balas eran grandes ó pequeñas para el calibre de los cañones! Había tercios famosos en Milán, en Nápoles, en Flandes, y no había un soldado para defender las ciudades de España! ¡Cuánta mi-

sería en el interior para sostener la guerra en extrañas tierras!

Cervantes, que había visto cuando joven las lamentables ruinas de la desventurada Nicosia asolada por los turcos, pudo ver en su edad madura la perla de España devastada por los ingleses. Confundido con el pueblo oía sus opiniones, veía sus necesidades, tocaba su pobreza... Su ambición patriótica de 1571 era sueño, delirio. El contraste era tremendo, y aun sin estudiarlo, sin buscar sus efectos, debía herir vivamente la imaginación de todos, y más la ardiente de *Cervantes*.

No busquemos, señores, alusiones individuales en el *Quijote*: esto es muy pequeño, y nada importa á la posteridad que se lanzara un chiste más ó menos picante, que se dirigiera una alusión, más ó menos embozada y satírica á tal ó cual personaje. Menos interés todavía saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y *Sancho*, las del cura y el barbero, con todas las demás que tanto embeleso nos producen; esto en nada realza el mérito de la obra; nada dice en favor de tal escritor. «Yo no estimaría en »más, ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo* »de *Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo, la »Virgen y otras figuras, no eran más que caballeros »y damas amigos de Rafael, y los sayones varios enemigos suyos.» Esto dice el Sr. D. Juan Valera, y es una verdad palmaria.

Procuremos leer en el *Quijote* el estado del alma de su autor, que era un genio, pero era también un

español lleno de amor patrio; procuremos descubrir el estado de la nación en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban sus hijos. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensanchan los horizontes de la contemplación y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte, y la porción de su alma, de sus sentimientos que en cada obra deja depositados el autor, podemos lanzarnos á las consideraciones más profundas.

Así el *Quijote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo, cuanto había visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quijote* es un traslado con vida, con animación y con gracia, y colorido, y verdad, de la sociedad española del siglo xvi; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del extranjero; y el tinte melancólico que baña toda la obra, que en todo el libro resalta y transpira aun en medio de las más regocijadas páginas y que le presta su mayor atractivo, es el resultado de la disposición del ánimo del escritor que al lado de las victorias había visto el cautiverio, junto á las glorias de los ejércitos, la pobreza del pueblo y el saqueo de las ciudades, y que, sin darse tal vez cuenta de ello, comparaba tiempos con tiempos, y con la adivinación del vate inspi-

rado, vislumbraba que había empezado á desmoronarse por su base aquel suntuoso edificio tan brillante y deslumbrador á la vista.

Facilísimo sería comprobar estas ideas generales que la repetida lectura del *Quijote* despierta, copiando pasajes vários de la obra inmortal; pero ni vosotros lo necesitáis, ni me parece este lugar á propósito para tan prolijas comprobaciones. Además, esto es en mi sentir el producto final de toda la obra, más aún, la síntesis de todo el trabajo literario de *Cervantes*.

Después de habernos embebido en la lectura de todas sus obras, identificándonos con su manera de pensar y de sentir, es cuando podemos elevarnos al conocimiento de lo que sentían y pensaban los españoles en los siglos xvi y xvii.

Permitidme, sin embargo, que, aun sin copiarlos, os recuerde algunos pasajes, cuya importancia y trascendencia es hoy generalmente reconocida. No hablemos de las costumbres de la nobleza tan al vivo pintadas, ni del contraste que resulta entre lo que había sido cuando con lanza en astillero y antigua adarga, estaba siempre dispuesta á combatir los enemigos de la patria, y á volver por los fueros de la inocencia, por el triunfo de la virtud y de la justicia; y lo que había venido á ser luego, demostrado en las historias de Dorotea y Lucinda, y en la vida que hacían los Duques que dieron hospedaje y tomaron por diversión al caballero y al escudero. Dejamos también á un lado la intención particular que pueden tener el

gobierno de Sancho en la ínsula, y el aparato de los funerales de Altisidora, aventuras ambas tan ocasionadas á interpretación... En el principio mismo de la obra, en una de sus más celebradas páginas, cual es la que contiene la pintura de la edad de oro, ¿no encontramos ya el lamento escapado del alma del autor, de que *la ley del encaje* se hubiera ajustado al corazón de los jueces? ¿No nos dice que en lo antiguo la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen?

Vienen luego con vivo colorido pintadas las tristes penalidades de la esclavitud, en la interesante historia del cautivo; las penalidades de los forzados, cuya perdición tal vez proviniese de la falta de dineros, del poco favor ó del torcido juicio del juez; y se escucha, por último, hasta el gemido del desdichado morisco, cuya triste voz forma también contraste con el aplauso que se tributa á la medida que los arrojó del país.

Repito que la ocasión no me parece oportuna para multiplicar las citas que justifican las apreciaciones que dejo expuestas. No estimo que cada aventura contenga una alusión, que cada personaje sea un recuerdo; pareceme, sí, que el tono general del *Quijote* nos da á conocer la época en que se escribió; y que los defectos parciales que en él se van notando y censurando, tal vez sin marcada intención, dan por resultado final el conocimiento de las imperfecciones de aquella gran máquina social, que necesariamente

había de terminar en la descomposición, á que por pasos agigantados y sin un solo intervalo de gloria vino á parar la España, cayendo de Felipe II en Felipe III y Felipe IV, para agonizar y morir vergonzosamente en Carlos II *el hechizado*.

Tal es, señores, el SENTIDO OCULTO que, después de muchos años de estudio sobre la obra de *Cervantes*, descubro yo en ella. Y esto no está puesto de intento por el autor; no es posible ni aun sospechar que su pluma se detuvo un momento para dar segunda intención ó inteligencia secreta á lo que escribía. El SENTIDO OCULTO del *Quijote* está en él á pesar de *Cervantes*, que al darnos un fiel traslado de toda la sociedad en que vivía, así nos hace conocer su magnificencia, como nos descubre involuntariamente los defectos de su constitución: tanto más claros para la posteridad, cuanto hemos visto los tristes resultados que produjeron.

No sé si me equivoco. Pero bajo esta apreciación estudiamos la personalidad de *Cervantes* unida á la de la sociedad española; vemos en el *Quijote* como antes decía, la verdadera epopeya de la edad moderna; y comprendiendo toda la importancia de tan celebrado libro, descubrimos una causa profunda y verdadera de su popularidad y ya no extrañamos que sea su lectura tan general en el mundo.

HE DICHO.



NOTAS AL DISCURSO PRECEDENTE

(1)

Muchos años hace que se viene asegurando como indudable noticia, que Mr. Rawdon Brown, enviado extraordinario del Gobierno inglés para registrar los archivos de Venecia, en busca de ciertos documentos diplomáticos, encontró algunos despachos de Simón Contareni, embajador de la Señoría en la corte de España, en que daba cuenta á la República de los sucesos de 1604 y 1605, y hablaba de la aparición del *Quijote*, diciendo que se le juzgaba por el pueblo sátira política, y hasta se designaban los personajes contra quienes se dirigía. Y no hace mucho, anunciaron los periódicos la publicación de esos despachos en los *Libros azules* del Reino Unido. Pero no creemos haya tenido lugar, cuando no se ha reproducido en español colección tan interesante para nosotros.

No sabemos, por lo tanto, de una manera fija lo que puedan expresar los despachos de Contareni, ni tampoco si éste exponía su opinión sobre el *Quijote*, ó refería la creencia del pueblo y de la corte; pero de una ú otra manera resultaría comprobada la antigüedad de esa idea que atribuye al *Quijote* el carácter de libro político.

Otra noticia que también tenía la misma significación oímos hace tiempo. Decíase que en ciertos pasquines